

OPINIÓN

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

RESPUESTA AL ARTÍCULO "LOS DILEMAS DE LA TÍA", DE MANUEL PULGAR-VIDAL

El posextractivismo no es un cuento

- EDUARDO GUDYNAS -
Investigador del Centro Latino Americano de Ecología Social (Claes), Uruguay

Días atrás, el ministro del Ambiente, Manuel Pulgar-Vidal, dedicó buena parte de su artículo “Los dilemas de la Tía”, publicado en **El Comercio** el 24 de mayo, a describir mis propuestas de un posextractivismo, para enseguida criticarlas y descalificarlas.

Comencemos por aclarar que extractivismo y minería (o explotación petrolera) son dos conceptos distintos. Los extractivismos, en plural, son apropiaciones de grandes volúmenes de recursos naturales, en que la mitad o más son exportados como materias primas. Por lo tanto, no todas las actividades mineras califican con ese tipo de apropiación, una diferenciación que la nota del ministro confunde una y otra vez. Esto hace que el posextractivismo no se oponga a la minería, sino que propone poder dejar atrás, de una vez por todas, el papel de ser meros proveedores de commodities. Esto se busca por medio de transiciones, bajo condiciones democráticas y defendiendo la información y participación ciudadana.

Cuando se presenta ese objetivo, las críticas comunes son tildarlo de romántico, “ideológicamente” sesgado o carente de “datos duros”, y como no serían alternativas “serias”, no hay más remedio que seguir siendo vendedores del patrimonio natural, y aceptar todas sus cargas de impactos. Esas ideas, que están en la nota de Pulgar-Vidal, carecen de fundamento.

Tampoco es cierto que el posextractivismo quiera limitar las inversiones. Muy por el contrario, busca alentarlas, pero bajo regulaciones sociales y ambientales, para no caer en la trampa de los especuladores y para promover reconversiones hacia modos de producción sustentables. Se busca desactivar los subsidios perversos y escondidos, donde dineros nacionales cofinancian empresas extranjeras, y en cambio

montar subsidios legítimos para apoyar emprendimientos nacionales.

Cuando el posextractivismo cita modelos económicos para reformar la carga tributaria no es ni una locura ni una radicalidad de la vieja izquierda. Por el contrario, la idea de impuestos a las sobreganancias se discutió intensamente en la última campaña electoral en el Perú, y era defendida, por ejemplo, por el gobierno francés de Nicolas Sarkozy y por el billonario George Soros. Bajo la perspectiva de la nota de Pulgar-Vidal, debería pensarse que Sarkozy y Soros serían simpatizantes de Tierra y Libertad, tendrían “posición ideológica” en la izquierda “bucólica”, y serían ahuyentadores de inversores.

El ministro cuestiona que los



posextractivistas quieran planificar la inversión en atención a la estabilidad de un país por encima de la rentabilidad empresarial. ¿Pero no debe ser el gobierno el primero en velar por la estabilidad económica nacional? ¿Atender primero a los balances de tal o cual empresa no pone en riesgo la autonomía nacional? El posextractivismo tiene una respuesta clara: se debe recuperar ese papel en el Estado.

Desde otro flanco, Pulgar-Vidal critica al posextractivismo desde una defensa de acuerdos de libre comercio como la Alianza del Pacífico. Allí hay una confusión conceptual, ya que no es lo mismo un acuerdo de liberalización comercial que un proceso de integración. Y además hay un olvido político, ya que los extrac-



DESENTENDIDO
Pulgar-Vidal hace defensas económicas o se enfoca en cuestiones globales, esquivando las duras decisiones nacionales.

ILUSTRACIÓN: VÍCTOR AGUILAR

tivismos imponen dependencias económicas.

A diferencia de lo que dice Pulgar-Vidal, el posextractivismo tiene claro que la recomposición de la integración no puede repetir los problemas de la Unasur o del Mercosur. Busca, en cambio, articular cadenas agropecuarias e industriales entre países vecinos, en procesos que en cierta medida se asemejan a los modos más positivos de la integración europea. A juzgar de lo escrito por el ministro, no hay nada que aprender de la integración europea, y, en cambio, el futuro del país será de un eterno exportador de materias primas.

Se llega así a un último aspecto que entiendo es el más revelador en la nota del ministro: en su artículo no presenta ningún argumento ambiental. Impacta que defienda la necesidad e inevitabilidad de los extractivismos solo por consideraciones económicas, y que además son externas al Perú (inversiones o TLC). Nada se aporta sobre daños o soluciones ambientales.

Esto no es raro. Es que los actuales extractivismos tienen impactos tan negativos, que pocas veces tienen soluciones tecnológicas, y, por lo tanto, no son defendibles desde una análisis ecológico serio (y por ello se evitan las revisiones independientes de los estudios ambientales). Se cae en una curiosa situación, que se repite en países vecinos, donde un ministro del Ambiente hace defensas económicas o se enfoca en cuestiones globales (como el cambio climático), esquivando las duras decisiones nacionales.

Para evitar todo esto, necesitamos explorar condiciones de salida a los extractivismos. Si un ministro del Ambiente está comprometido con el respeto a la naturaleza y el aprovechamiento de los recursos naturales en primer lugar para las necesidades nacionales, debería ser el más interesado en acompañarnos en esa tarea, en lugar de impedirla.

RINCÓN DEL AUTOR

Vasectomía en el tráfico

GUSTAVO RODRÍGUEZ
Escritor y comunicador
www.gustavorodriguez.pe



Todos hemos hecho alguna apuesta caprichosa con nosotros mismos, como llegar caminando a tal poste antes de contar hasta diez o bajar un par de kilos en siete días. De las más, la que más me enorgullece es llevar tres años sin tocar el claxon de mi carro y espero mantenerla hasta el día que lo venda y vuelva a reafirmar ese compromiso con el siguiente.

La principal fuente de mi orgullo des cansa en que vivo en una ciudad donde usarlo parece tan vital como parpadear. Un mediodía, hace un par de años, hice un experimento informal en la cuadra 9 de la avenida Aramburú mientras me surtían de gasolina: cerré los ojos y empecé a contar la frecuencia de los bocinazos que me llegaban, desde los más cercanos hasta los más lejanos. El espacio más largo de tranquilidad fue de 25 segundos. Hubo momentos en que aquellos infames estruendos casi se superponían y asumo que la mayoría venía de esa odiosa costumbre, hija de nuestro transporte informal, por la cual los taxistas a la caza de pasajeros le envían pequeños bocinazos a cualquier persona que no camine por la calle de manera resuelta, y que otra gran parte debía provenir de los idiotas que han trasladado las consolas de sus videojuegos a sus volantes, pues parecerían estar compitiendo a quién toca la bocina más rápido una vez que el semáforo cambió a verde. Mención especial merecen quienes usan la bocina como extensiones de sus gargantas en lugar de encontrar otros medios de desfogue.

Reconozco que parte del silencio de mi claxon se debe a que nunca he tenido una emergencia explícita para usarlo. Porque, vamos: que en Lima te cierre un vehículo califica más como ocurrencia turística que como excusa para lanzar bocinazos.

Todos estos datos y vivencias acumuladas en mis tímpanos me han susurrado una idea descabellada. ¿Y si en la ciudad de los bocinazos se extirparan las cornetas? ¿O al menos las del transporte público? Si hubiera campañas con incentivos para que los conductores acudan contentos a cortar el cable de sus cláxones? ¿Y si nuestra policía colgara alicates en sus correas además de sus pistolas?

Siempre he creído en las soluciones integrales—gestión, educación, incentivos y disuasivos— como manera de lidiar con los problemas sociales. No por instituir la pena de muerte va a aminorar la delincuencia. Y no por castrar químicamente a un violador se evitará que aparezcan otros, aunque sí se pueda evitar que el compulsivo sin remedio lo vuelva a hacer. Pero cuando pienso no solamente en la salud mental de nuestros transeúntes, sino también en los ancianos que tratan de dormir en sus habitaciones, en los bebes y madres que han pasado una mala noche, en los enfermos que ocupan casas y no solo hospitales, y en tantos otros casos que se deben esconder tras las ventanas que dan a nuestras calles se me ocurre que tal vez, a lo mejor, cortar esos sistemas reproductores de ruido sea una medida que a la larga valga la pena. Al menos, hasta que la siguiente generación haya crecido sabiendo que un claxon es como un vidrio, no caso de emergencia: yo, por lo menos, no he conocido a nadie que haya roto alguno.

MIRADA DE FONDO

La política del GLP

- IVÁN ALONSO -
Economista

La promesa electoral del gas a 12 soles era innecesaria, si lo que se pretendía era ponerlo al alcance de la gente de menores ingresos, habida cuenta de que entre los años 2004 y 2010 el consumo de GLP (gas licuado de petróleo, que es el que se usa en las casas) había subido en 98%. Personalmente, no recordamos haber cocinado el doble ni haber dejado prendida la terma, y lo mismo puede decirse de la mayoría de casas en San Isidro, Miraflores y otros distritos residenciales. El aumento del consumo, sin ninguna duda, venía de otro lado.

Pasadas las elecciones, aquella promesa se volatilizó como el mismo gas. Y mientras el gobierno nos explicaba que nunca dijo exactamente lo que todos oímos, el consumo de GLP subía otro 40%. En diez años prácticamente se ha triplicado. Durante todo ese tiempo, el precio casi no se ha movido. Recién en los

últimos meses ha bajado un poco. Lo que ha sucedido es que un amplio segmento de la población ha dejado de usar kerosene y otros combustibles y los ha ido reemplazando por GLP, a medida que su creciente poder adquisitivo se lo permitía.

Podemos sacar dos lecciones de esta pequeña historia. La primera, que la gente no necesita subsidios para sustituir un combustible por otro que sea más eficiente o menos nocivo. A medida que crece el ingreso, crece la demanda por mejores productos, aunque no sean los más baratos.

La segunda lección es que a todos nos gusta que nos regalen cosas. Aunque podamos pagarlas, no nos molesta que nos las den gratis. Lamentablemente, el crecimiento económico no hace a la gente inmune a la demagogia. Podemos estar seguros de que en las próximas



elecciones escucharemos similares promesas y que esas promesas jalarán votos. No porque la gente crea que se van a cumplir, sino porque intuye que el candidato que más promete es aquel al que más se le podrá reclamar como presidente.

Un nuevo capítulo en la historia del GLP se ha escrito en estos últimos días. El abastecimiento estuvo limitado temporalmente debido a la desafortunada coincidencia—o quizá no sea coincidencia para los entendidos en la ciencia del clima—de una reducción en el caudal del río, que dejó expuesta la tubería que trae el gas a la costa y motivó una reducción de la producción, por un lado, con un oleaje anómalo que impidió la entrada al puerto de los barcos que lo transportan de Pisco al Callao, por otro. La situación se prolongó lo suficiente como para que las reservas de 15 días que los

distribuidores están obligados por ley a tener se comenzaran a agotar. La escasez, naturalmente, hizo subir el precio. ¡Especulación!, se escuchó gritar por allí. A lo cual la ministra Rosa María Ortiz ha reaccionado planteando un cambio en la regulación para incrementar las reservas obligatorias a 30 días.

Esperamos que la ministra haya sopesado debidamente los costos y beneficios de ese requerimiento adicional, que al nivel actual de consumo significa almacenar 750 mil barriles más de GLP, equivalentes, si el cálculo no nos falla, a 10 millones de balones de gas. El costo de mantener ese inventario obviamente terminará trasladándose al consumidor. Lo que el consumidor gana a cambio es la tranquilidad de no sufrir un desabastecimiento futuro. Pero el oleaje que lo ha causado es un evento que no había ocurrido en cinco años. Quién sabe sería mejor explicarle eso al público.

HABLA CULTA

- MARTHA HILDEBRANDT -

Futre. En el Perú se llama todavía *futre* al *domingado*. El término se emplea con sentidos análogos en otros países americanos. Viene del francés *foutre*, verbo (del latín *fueterere* “tener trato carnal con una mujer”) usado a partir del siglo XVIII como interjección obscena. Los chilenos ricos que a fines del siglo XIX acostumbraban pasar largas temporadas en París, se aficionaron a esta interjección y la siguieron usando a su retorno. Como el pueblo no la entendía, la usó como apodo para quienes la pronunciaban. La voz luego pasó a otros países americanos, incluido el Perú.

El Comercio

Director General: FRANCISCO MIRÓ QUESADA C.

Director Periodístico: FERNANDO BERCKEMEYER OLAECHEA

Directores fundadores: Manuel Amunátegui [1839-1875] y Alejandro Villota [1839-1861]
Directores: Luis Carranza [1875-1898] -José Antonio Miró Quesada [1875-1905]
-Antonio Miró Quesada de la Guerra [1905-1935] -Aurelio Miró Quesada de la Guerra [1935-1950]
-Luis Miró Quesada de la Guerra [1935-1974] -Óscar Miró Quesada de la Guerra [1980-1981]
-Aurelio Miró Quesada Sosa [1980-1998] -Alejandro Miró Quesada Garland [1980-2011]
-Alejandro Miró Quesada Cisneros [1999-2008] -Francisco Miró Quesada Rada [2008-2013]
-Fritz Du Bois Freund [2013-2014]